

ALFAGUARA

Edmundo Paz Soldán

Los vivos y los muertos



ALFAGUARA



Edmundo Paz Soldán

Los vivos y los muertos

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A mis papás, Raúl y Lucy

A Gabriel y Joseph Andrés

A Alberto Fuguet y Jorge Volpi

Si hubiera sido el principio de un poema, habría llamado a lo que sentía en su interior el silencio de la nieve.

ORHAN PAMUK

Nieve

EYE CONTACT was my downfall.

JOYCE CAROL OATES

Zombie

[tim]

La luz del semáforo está en rojo. El cielo gris, encapotado, opresivo, parece a punto de deshacerse sobre nuestras cabezas. El frío llegó hace un par de días a Madison y no se irá hasta dentro de seis meses. Ocurre cada año, la segunda semana de octubre, el sol que de pronto desaparece, el aire sombrío que se instala en el pueblo, las calles que se vacían, la escarcha en la madrugada. Uno debe, ahora, buscar calor donde pueda.

Amanda dijo que quería mostrarme algo. Qué, le pregunté. Y ella se rió con esa risa que invita a pensar en montañas rusas. Ven, dijo, estoy sola, y colgó.

Me metí dos Starbursts a la boca. Eran las tres y cuarto de la tarde. La noche anterior había prometido no volver a hacerlo. Pero en ese instante, sin darme cuenta, con el celular en la mano, creyendo que todavía no sabía si iría, que era capaz de tomar decisiones contrarias a las que Amanda había tomado por mí, me dirigí hacia el cuarto de Jeremy, a cerciorarme de que estaba distraído, de que no saldría detrás de mí, no me seguiría.

Mi hermano se encontraba frente a la computadora, guiando a su avatar en uno de los mundos de *Linaje*. Una valquiria caminaba por la pantalla, la espada en la mano, toda píxel y convicción. Siempre me había parecido extraño que, a la hora de elegir otra identidad con la cual pasar un par de horas en la pantalla, Jeremy eligiera a una mujer. Me pregunté qué dirían nuestros compañeros en el equipo. Un poco raro, quizás, pero nada del otro mundo ya que su hombría estaba bien probada: Jeremy era el que más hablaba de mujeres y sexo en los vestuarios, el de la colección de revistas y DVD porno, el de las interminables con-

quistas. Más extraño e imposible de justificar hubiera sido encontrarme con fotos de Jem vestido con ropa interior de mujer (como las fotos de papá que descubrí y rompí años atrás).

La luz del semáforo ha cambiado al verde; continúo mi camino, acelero. Algunas hojas otoñales se posan en la ventana delantera del Corolla. Por la acera caminan en fila india los niños de una guardería, uno agarrado de la mano del otro. Los hay rubios, latinos, negros, de rasgos asiáticos: podrían servir para un afiche de Benetton. Hay incluso uno retardado, conmovedora la forma en que camina, como si la pierna izquierda no supiera lo que hace la derecha ni tampoco le interesara. Las dos señoras que los acompañan están excedidas de peso. Se me cruza por la mente la imagen de Jenny, regordeta, sonriente, en esa casa invadida por termitas que fue mi primera guardería. Jenny tenía siempre el televisor encendido y dejaba que sus sobrinos, mayores que nosotros, nos enseñaran juegos violentos en su Nintendo y con sus Power Rangers. Por eso todos los niños la queríamos; por eso nuestros padres no la toleraban más de lo necesario.

Amanda, espérame, ya llego.

Desde el umbral de la puerta de su cuarto observé a Jeremy sin que él se diera cuenta de mi presencia, o acaso hacía como que no se había dado cuenta, solía ocurrir, no debía ser difícil cansarse a ratos del hermano menor —dos minutos menor—, querer algo de independencia.

Estoy saliendo, dije, usaré el auto.

OK, dijo sin verme.

Qué intensidad para esos juegos; decía que lo ayudaban a desarrollar un pensamiento estratégico, le servían para ser un mejor *quarterback*. Una excusa sofisticada, había pensado cuando lo escuché, típica de Jem. A mí sólo me interesaban los juegos de deportes. *Madden*, por ejemplo. O *Winning Eleven*.

¿Sabía? No, pero acaso lo intuía de una manera que no podía explicarse en palabras. Era así entre los dos, creía

adivinar lo que él pensaba o sentía aunque me costara decir de qué se trataba.

Había sido culpa suya. Hacía cuatro años él ya era popular y yo, más bien tímido, no me animaba a hablar con las chicas. Un día me pidió un favor. Estábamos en las duchas después de una práctica; él tenía el pelo mojado y había espuma en su pecho, yo me secaba con una toalla roja con el logo de los Madison Bears. Jem había quedado en visitar a Lucy pero no tenía ganas de hacerlo. Me dijo que fuera en su lugar, Lucy no lo notaría, nadie lo notaba, éramos dos gotas de agua, teníamos el mismo tono de voz, el mismo corte de pelo, los mismos gestos. Nos confundían en el colegio, en las fiestas. Sí, le dije, pero mi carácter es diferente. Sí, dijo Jem, pero me conoces de memoria, no te costará nada responder como lo haría yo.

Lucy era morena y tenía los ojos color miel. Su sentido del humor la había hecho popular, era de las que les ponía apodos a los profesores; la de Química, con sus faldas apretadas y andar felino, era la Tigresa. El director, Tibbits, la nariz con una pelota en la punta y esa risa exagerada fuera de lugar, una risa que no iba con el mal humor que revelaba su ceño fruncido, era Krusty, el payaso de los Simpson. Su columna semanal en el *Believer* me hacía reír, trataba de las desventuras de una quinceañera en un mundo cada vez más dominado por... mujeres. Lo que me pedía Jem no era un sacrificio.

Nos fue tan bien que se convirtió en una tradición. Jem las seducía, y un par de meses después, cuando la relación mostraba señales de agotamiento, me ofrecía que lo reemplazara. Me acostumbré a no iniciar nada por cuenta propia, a esperar a que Jem decidiera con quién me tocaría salir. Yo no duraba mucho con ellas, ya la relación había ingresado en la recta final, pero al menos me divertía un par de semanas. Hubo sospechas, pero no las suficientes como para descarrilar nuestro arreglo. Había estudiado los movimientos de Jem, la forma en que gesticulaba con las manos al hablar, los Starbursts y Raisinets que no cesaba de meterse a la boca. Incluso le copiaba la forma de vestirse, las

ajustadas poleras grises de Abercrombie o Hollister, los jeans negros Banana Republic (*boot cut!*), los shorts Puma holgados y hasta la rodilla. A veces me miraba en el espejo y me decía, yo soy él, ¿o es él yo? ¿O somos uno los dos?

Katja, la holandesa de intercambio, nos descubrió, pero por suerte se iba pronto. Era avezada en ciertas materias, y la noche antes de su partida compramos su silencio haciendo realidad su fantasía: acostarse con los dos hermanos al mismo tiempo. Jem y yo, desnudos, nos mirábamos en la cama del cuarto de Katja, vigilados desde el techo por una gigantografía de la selección holandesa de fútbol, tan naranja su destino, y nos esforzábamos por contener la risa.

Todo siguió igual hasta que me enamoré de Amanda, la hija menor de nuestro popular entrenador. Tenía quince años, estaba un curso menos que nosotros. Había llegado al colegio como una chica con pechos planos, frenillos y faldas largas. Me había fijado en ella, en su rostro redondo y agraciado, en la forma en que caminaba por los pasillos en línea recta, como en una pasarela imaginaria; había intercambiado un par de miradas intensas y continuado mi camino. A los seis meses, su cuerpo explotó. Fue aceptada como *cheerleader* y todos los del equipo nos alegramos. El problema era que Jem todavía no le había dado su sello de aprobación. Y yo, incapaz de tomar la iniciativa, esperaba a que Jem lo hiciera.

¿Se animaría? Había que tener mucho cuidado, portarse bien con ella. El entrenador, Donald Walters —«me pueden llamar Don»—, era unos de esos seres extraños que no se inmutan ante casi nada —«no se preocupen, muchachos, perdimos 23-0 aunque pudo ser 23-3, la siguiente les ganamos»—, pero tenía un punto débil: era un enfermo de celos a la hora de lidiar con los pretendientes de sus hijas. Sólo hablar de ellas hacía que se pasara la lengua por los gruesos bigotes, como relamiéndose ante la posibilidad de salir a la defensa de sus niñas. Circulaba una historia desagradable acerca de un novio de Christine, la hija mayor (bueno, no tan mayor: le llevaba apenas diez meses, de hecho estaban en el mismo curso).

Jem se animó. Salió con Amanda y me alegré, aunque intenté no pensar mucho en la forma en la que él trataría, en el auto, en la puerta de su casa, al despedirse, de acariciarle los pechos como al descuido, maniobra que le había dado tantos resultados positivos que hablaba de patentarla algún día. ¿Y si te dice no, qué te crees?, le preguntaba yo, miedoso. Está bien si te dice no, contestaba, *you have to get the nos out of the way*. Debía convertir derrotas en posibles triunfos. Puertas cerradas en horizontes que se abrían, infinitos. Yo tartamudeaba y trastabillaba ante tanta verdad incuestionable.

Ocurrió lo de siempre. A la segunda semana ya me había pedido reemplazarlo para que la llevara a tomar helados a Sundae Inventors. Pero luego no me volvió a pedir ayuda. Yo esperaba impaciente, recordando la conversación que ella y yo habíamos tenido mientras compartíamos un batido de chocolate, algo sobre estrellas que nos guían desde la inmensidad del cielo, almas gemelas que vagan en el ancho mundo, extraviadas, pero que saben reconocerse al instante.

Pasaron tres meses. Le pregunté a Jem qué había pasado con nuestro trato. Hermano, me dijo, creo que Amanda es *the real thing*. Estuve de mal humor durante un par de días.

Voy llegando a la avenida Dewey, una canción de Snow Patrol en la radio, *Please don't go crazy if I tell you the truth*. El semáforo está en verde. Acelero. Pasan a mi lado, fugaces, SunTan —donde las *cheerleaders* se broncean—, una tienda de juguetes y comida para perros —Virginia Woof—, una Rite Aid que siempre está vacía, una desangelada sucursal de Wells Fargo.

En los entrenamientos había visto que Amanda, desde el borde de la cancha, en su minifalda roja y polera blanca, me sonreía, me seguía con la mirada, mis ojos perdidos en el casco, mi cuerpo escondido entre los *paddings* que utilizábamos para amortiguar los golpes. Me acercaba al borde con alguna excusa, secarme el sudor del rostro con una toalla, tomar un sorbo de mi Gatorade. ¿Me estaba comparando con Jem? O quizás se acordaba de aquella vez en la

heladería. Se había dado cuenta que algo diferente había ocurrido, que esa tarde no había salido con su novio sino con el hermano.

Una tarde en que Amanda llamó a Jeremy, contesté el teléfono y me hice pasar por él. Me dijo que su mamá había salido, me esperaba en su casa. Fui.

En la cama destendida todavía miraba el techo y saboreaba los temblores que remecen el cuerpo después del terremoto, cuando ella, sentada en el suelo mientras se abrochaba el sostén, me dijo que sabía que yo no era Jem. Desperté de golpe. En el estéreo del cuarto sonaba un compact de The Magic Numbers, a Amanda le gustaba el bripop, a mí me gustaba lo que le gustaba a ella.

No importa, dijo con esa mirada tan seria, intimidatoria, el pelo suelto como no lo estaba cuando hacía sus saltos y piruetas al borde de la cancha de fútbol, allí siempre se trataba de una cola de caballo.

Puede ser nuestro secreto, dijo.

Dirigí la mirada hacia los pósters de Colin Farrell y Ricky Martin en las paredes, papeles coloridos inventados para la descarga de hormonas. Mis ojos se posaron luego en el estante de libros. Alice Sebold, Jane Austen, Dickens, George Sand... Tantos libros gruesos, pensé, ¿los habría leído todos? Amanda era conocida como parte del grupo de las Chicas Superpoderosas, las que en el colegio hacían de todo sin el menor esfuerzo. Eran excelentes alumnas, líderes en su campo, hacían voluntariados, visitaban hospitales, aprendían piano, se dedicaban al teatro o a algún deporte, y de paso eran lindas. Había cada vez más de esas Chicas Superpoderosas que algún día serían mamás y ejecutivas de empresas, y al mismo tiempo había cada vez más hombres idiotas e inmaduros. Las mujeres estaban preparándose mejor que nosotros, pronto a las universidades no les quedaría otra que crear sistemas de «acción afirmativa» para aceptar a los hombres.

Busqué una salida.

Si mi hermano se entera me mata.

No será así toda la vida. En unas semanas se lo diremos. Tú eres con el que quiero estar.

Le pregunté cómo podía distinguarnos. Cómo podía ser posible, entre dos personas tan semejantes, que me eligiera a mí.

No lo sé, pero lo sé. Mi corazón late de otra manera cuando estoy contigo.

Esa frase era suficiente para aventurarse a un pacto de sangre. La besé y desabroché su sostén. Ella se rió y me dijo que nos apresuráramos.

El semáforo comienza a cambiar y yo todavía no he llegado a la esquina de la Ruta 15, una confusa intersección a la que llegan autos de tres direcciones diferentes.

Amarillo. Aprieto el acelerador con más fuerza.

Amanda: la vez en que fuimos a un hotel en la Ruta 15 y sólo hicimos la siesta y luego me hizo ver una película francesa en su Mac. Cuando me dijo qué ojos más verdes que tienes, y yo le dije para verte mejor. Cuando me dijo qué nariz más recta que tienes, y yo para olerte mejor. Cuando me dijo qué labios más grandes que tienes, y yo para comerte mejor, y me dijo qué esperas, esta Caperucita Roja está lista para que se la coman, y dejamos de ver la película.

Rojo. Ahora es más peligroso frenar que continuar la marcha. Lo peor que puede pasar es que un policía me dé un ticket.

Un Honda azul inicia la marcha al otro lado de la avenida.

Amanda: la vez que estábamos en la ducha de su casa y ella se arrodilló y

[amanda]

El viento golpea las ventanas de mi habitación. Hace siete días que no para de llover. La nieve se derrite en las aceras y en la calle, se deshacen los carámbanos colgados de los árboles y de los techos de las casas, el deshielo va revelando el mundo escondido de Madison, el que existía antes de la Navidad.

Carámbanos: me gusta esa palabra.

Quisiera aumentar la calefacción un par de grados, pero mamá dice que cuesta caro y el frío nos hace bien, nos permite pensar mejor, y papá asiente, él siempre asiente a lo que dice mamá. Si es así, entonces estos días me han servido. El próximo año enviaré mis solicitudes a Berkeley, Boulder, Florida State, cualquier lugar con mucho sol que se halle lejos de aquí. Y luego vendré a visitar a mis papás y a mi hermana sólo en los feriados de Acción de Gracias, quizás también para las fiestas de fin de año, no lo sé, no estoy segura. Lo que sí sé es que cuando regrese no me daré una vuelta por Madison High, porque no habrá nostalgia, sólo las ganas de olvidar.

Pronto vendrá Jem a buscarme. Iremos, no sé adónde iremos, a dar una vuelta al centro comercial, no hay muchos lugares adonde podamos ir. No hablaremos mucho, no se puede, tendrá un compact de Green Day a todo volumen, o quizás Eminem o 50 Cent, *just a little bit*, le gusta ésa, la ha convertido en un mantra. Entre canción y canción me preguntará qué opino de la hija de Tom Cruise, y si Leinart merecía estar en un mejor equipo que Arizona. Sacaré un paquetito con yerba, seguirá manejando mientras yo preparo los porros, eso me gusta, eso siempre me ha gustado, más desde que Tim no está. Jem me la hizo probar por pri-

mera vez, eso es lo que más le debo, lo que más le agradezco. También coca cuando consigue, es mucho más cara, y cuidado con abrir la boca, te imaginas el escándalo, me sacan del equipo. Con el porro entre los labios, no me imagino el escándalo. O sí, pero no me importa.

Cuando me vaya, Jem me extrañará y querrá seguir en contacto conmigo, leerá mi página en MySpace para ver si la actualizo, me escribirá mensajes de texto y mails para pedirme que lo llame y le susurre al oído esas palabras sucias que salen de mi boca cuando estamos en su casa, en su cuarto, las luces apagadas, una vela encendida. Y yo me preguntaré cómo diablos hice para mantener el engaño durante tantos meses.

Una ardilla corre por los cables de la luz, da un salto y se pierde entre las ramas del árbol frente a nuestra casa. Cómo es que no se electrocutan. Se oyen susurros en la calle, murmullos, el golpeteo de la lluvia en el tejado, las hojas que el viento arrastra, quizás los pasos intranquilos de quienes vivieron antes que nosotros, muertos y más muertos que pasaron por aquí y creyeron dejar huellas profundas pero en el fondo no, sus álbumes de fotos extraviados en los sótanos de sus hijos y sus nietos, las cosas que hicieron ya olvidadas, los paisajes que vieron apoyados tan sólo por algunos años en retinas ya desaparecidas de sus cuencas.

Mary Pat sale de su casa enarbolando un paraguas rojo brillante, tan primorosa ella, color en las mejillas y los labios pintados y eso que ya pronto cumplirá setenta. Yo probablemente me dejaré ir, no podré llegar hasta esa edad tan llena de vida. No seré de las que juegan al bingo, no me ofreceré de voluntaria en el Ejército de Salvación. Me encerraré en una casona tan grande y oscura como la suya y rumiaré mis pecados. Veré muchas películas en blanco y negro. Habrá recuerdos de tiempos lejanos, muy lejanos, y me ahogaré en ellos. Recordaré mis días de *cheerleader*, cuando escribía un diario y soñaba que me tomaban en serio a pesar de la minifalda y la exagerada alegría que debía mostrar al borde de la cancha (era una alumna excelente y una actriz destacada, pero a los chicos lo que más les im-

portaba era que estaba buena). No podré creer que lo mejor de mi vida terminó antes de cumplir los dieciséis. Pero así será. Quizás es así con todos, es sólo más obvio en mi caso.

Mary Pat se dirige hacia su Ford desvencijado midiendo los pasos para no resbalarse en los charcos del deshielo, en los islotes de nieve que persisten en la acera, las caderas de los viejos se quiebran con facilidad, igual que los cuellos de los adolescentes cuando chocan los autos con estrépito.

El Ford desaparece entre ruidos del escape. Cuando era niña la casa de Mary Pat me daba miedo, tan grande, las ventanas detrás de las cuales no se veían señales de vida. En mis cuentos era la casa mala del barrio, una casa encallada en la arena que intimidaba a las otras a su lado y las de la hilera del frente, entre ellas la mía. Yo me contaba historias acerca de las casas antes de dormirme, relatos con moraleja incluida que hablaban de varias casas buenas enviadas al barrio de la casa de Mary Pat para aprender del Mal, para poder distinguirlo con claridad del Bien. A veces, después de unas semanas en su compañía, las casas descubrían cómo comportarse con corrección. Otras, la de Mary Pat se engullía a las demás. Era el horror.

Entonces no sabía nada de la vida de Mary Pat, de cómo fue que había perdido a su esposo hacía más de treinta años en Vietnam. La casa le había quedado grande pero había decidido no mudarse, dedicar el resto de su vida a custodiar los recuerdos de su matrimonio efímero, los platos y cubiertos que habían recibido como regalo de bodas y compartido en los meses que estuvieron juntos. Los manteles, las sillas, la cafetera. Vivía con su pensión de viuda de un oficial del Ejército, lista para enterrarse en vida. Sin embargo, cinco años atrás, Mary Pat conoció a un mexicano que visitaba a sus hijos en Madison. Fue un verano para dibujar con el dedo corazones en los cristales empañados de los autos. El mexicano se fue y nunca le escribió, pero no importaba: algo despertó en Mary Pat. Nunca se la volvió a ver sin maquillaje o una tenida elegante.